

Agatha Christie®

# LA MUERTE VISITA AL DENTISTA

Una hebilla de zapato  
es la clave para resolver  
**ESTE CASO**



booket

# **Agatha Christie**

## La muerte visita al dentista

Traducción: C. Peraire del Molino



Christie, Agatha

La muerte visita al dentista / Agatha Christie. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Booket, 2021.  
152 p. ; 19 x 13 cm.

Traducción de: C. Peraire del Molino.  
ISBN 978-987-8435-23-7

1. Narrativa Inglesa. 2. Novelas Policiales. I. Peraire del  
Molino, C., trad. II. Título.  
CDD 823

Título original: *One, Two, Buckle my Shoe*

© 1940, 1941, Agatha Christie Mallowan  
The Agatha Christie Roundel Copyright © 2013  
Agatha Christie Limited. Used by Permission

© 1951, Editorial Molino, por la traducción

Traducción: C. Peraire del Molino  
Ilustraciones de portada: Rocío Fabiola Tinoco Espinosa y  
Miguel Ángel Chávez / Grupo Pictograma Ilustradores  
Adaptación de portada: Alejandra Ruiz Esparza

AGATHA CHRISTIE, PASSENGER TO FRANKFURT y la firma de Agatha Christie son  
marcas registradas de Agatha Christie Limited en todo el mundo.  
Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Usados con permiso.

*Agatha Christie*®

Derechos reservados de esta edición

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.  
Publicado bajo el sello Booket®  
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.  
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición en esta presentación: agosto de 2021  
3.000 ejemplares

ISBN 978-987-8435-23-7

Impreso en Talleres Gráficos Leograff S.R.L.,  
Rucci 408, Valentín Alsina, Pcia. de Buenos Aires,  
en el mes de julio de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723  
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

# Capítulo primero

## UNO, DOS, ABRÓCHAME EL ZAPATO

### 1

Míster Morley no estaba de muy buen humor aquella mañana.

Se quejó de la calidad del jamón y del café, diciendo que tenía aspecto de barro líquido y que las frutas eran peores en cada desayuno.

Míster Morley era un hombrecillo menudo, de mandíbula enérgica y barbilla retadora. Su hermana, que administraba la casa, era una mujer alta, bastante parecida a un granadero. Mirando pensativa a su hermano, le preguntó si había vuelto a encontrar el baño frío.

Míster Morley, de mala gana, dijo que no.

—El gobierno parece que pasa de un estado de incompetencia a otro de positiva imbecilidad —comentó leyendo el periódico.

Miss Morley dijo con su voz profunda y grave:

—¡Es vergonzoso!

Como la mujer siempre había reconocido el poder del gobierno, quiso que su hermano le explicara exactamente *por qué* la actual política era imprecisa, idiota, imbecil y francamente suicida.

Cuando míster Morley hubo explicado aquellos puntos, tomóse otra taza del café injuriado, arrepintiéndose de su anterior injusticia.

—¡Estas muchachas —dijo— son todas iguales! ¡Informales, egoístas; quieren ser independientes!

Miss Morley le miró interrogadoramente.

—¿Te refieres a Gladys?

—Acabo de recibir este aviso. Su tía ha sufrido un ataque y ha tenido que ir a Somerset.

Miss Morley dijo:

—Es muy lamentable, querido, pero, después de todo, ella no tiene la culpa.

Míster Morley meneó la cabeza tristemente.

—¿Y cómo sé yo que su tía ha sufrido un ataque? ¿Quién me dice a mí que no ha sido todo tramado por ella y ese jovenzuelo indeseable que la acompaña? ¡Ese muchacho es de lo peor que he visto! Entre los dos deben haber planeado esta escapatoria.

—Oh, no, querido. No creo que Gladys hiciera una cosa así. Siempre has dicho que es muy escrupulosa.

—Sí, es cierto.

—Y muy inteligente y diestra en su trabajo.

—Sí, sí, Georgina, pero eso era antes de que apareciera ese indeseable. Está muy cambiada... por completo... Abstraída, trastornada, nerviosa.

La mujer exhaló un profundo suspiro.

—Al fin y al cabo, Henry, llega un momento en que todas las muchachas se enamoran. Es inevitable... y necesario a la vez.

Míster Morley alzó la voz.

—Pero no debería dejar que afectase su eficiencia de secretaria. Y precisamente hoy que estoy tan ocupado. Tengo varios pacientes muy importantes. ¡Es *demasiada* molestia!

—Para ti ha de ser fastidioso. A propósito, ¿cómo se desenvuelve el nuevo botones?

Morley repuso de mal humor:

—Es de los peores que he tenido. Es incapaz de recordar un solo nombre por sencillo que sea, y tiene unos modales de lo más groseros. Si no mejora tendré que echarle y probar otro. No comprendo los resultados de la educación de hoy en día. Salen una colección de inútiles que no comprenden nada de lo que dices, y ni siquiera lo recuerdan.

Miró su reloj.

—Debo marcharme. Tengo la mañana completa y he de sacar tiempo para atender a esa mistress Sainsbury Seale. Le sugerí que viera a Reilly, pero no quiso ni oírme.

—Claro que no —dijo Georgina fielmente.

—Reilly es muy competente, mucho. Diplomas de primera clase y muy al día en su trabajo.

—Le tiembla el pulso —dijo miss Morley—, yo creo que *bebe*. Su hermano echóse a reír, recobrando su buen humor.

—A la una y media vendré a tomar un bocadillo como siempre.

En el hotel Savoy, míster Amberiotis, con el ceño fruncido, escarbaba sus dientes con un palillo.

Todo iba bien.

La suerte le acompañaba como de costumbre. Y pensar que un puñado de palabras amables dedicadas a aquella mujer estúpida fueron tan espléndidamente recompensadas. Oh, bien... *arroja tu pan sobre las aguas...* Él siempre fue un hombre bondadoso. ¡Y generoso! En el futuro podría serlo aún más. Se imaginó haciendo buenas obras. El pobre Dimitri... y el buen Constantinopolus luchando por sacar adelante su restaurante... ¡Qué agradables sorpresas iba a darles!

El mondadientes de míster Amberiotis seguía escarbando sus encías descuidadamente hasta que se hizo daño. Las visiones rosadas se desvanecieron para dar paso a las preocupaciones del inmediato presente. Acarició la parte dolorida con la lengua. Sacó su librito de anotaciones. *A las doce*. Calle de la Reina Carlota, número 58.

Quiso recobrar su anterior estado de ánimo sin conseguirlo. El horizonte se limitaba ahora a estas ocho escuetas palabras:  
Calle de la Reina Carlota. A las doce.

En el hotel Glengowrie, en South Kensington, acababa de concluir el almuerzo. En el vestíbulo, miss Sainsbury Seale charlaba con mistress Bolitho. Eran vecinas de mesa en el comedor y se hicieron amigas al día siguiente de la llegada de miss Sainsbury, una semana atrás.

Miss Sainsbury Seale estaba diciendo:

—¿Sabes, querida? Ya no me duele. Ni una punzada. Me parece que voy a telefonar...

Mistress Bolitho la interrumpió.

—Vamos, no seas tonta. Ve al dentista y *acaba de una vez*.

Mistress Bolitho era una mujer alta y autoritaria, de voz profunda. Miss Sainsbury Seale tendría unos cuarenta años, y los cabellos teñidos formaban bucles descuidados. Sus vestidos eran holgados, aunque bastante elegantes; y sus lentes sujetos sólo sobre la nariz siempre se le caían. Era una gran conversadora.

Le decía con animación:

—Pero es que en realidad no me duele *nada*.

—¡Qué tontería! Me has dicho que apenas dormiste esta noche.

—No, no dormí, es verdad; pero quizás ahora el nervio esté *muerto*.

—Razón de más para ir al dentista —afirmó mistress Bolitho—. Todos queremos librarnos por cobardía. Es mejor que te decidas y *acabes de una vez*.

Algo pugnaba por salir de los labios de miss Sainsbury Seale en un susurro: «Sí, pero el diente no es tuyo». En cambio sólo dijo:

—Creo que tienes razón. Y míster Morley es un hombre muy cuidadoso y nunca hace daño a *nadie*.

#### 4

La reunión de la Junta Directiva finalizó habiendo transcurrido sin incidentes. El informe fue bueno, sin ninguna nota discordante, aunque el sensible Samuel Rotherstein vio algo desusado en el presidente.

Una o dos veces había empleado un tono áspero, completamente innecesario.

¿Alguna preocupación interna? Quizá. Sin embargo, Rotherstein no podía relacionar a Alistair Blunt con alguna preocupación. Era un hombre insensible, netamente inglés.

Siempre cabía la posibilidad de que tuviera molestias de hígado. A míster Rotherstein le atormentaba de vez en cuando, pero nunca oyó quejarse a Alistair de aquella dolencia. Su salud era tan buena como su cerebro para las finanzas.

Y a pesar de todo... había algo... un par de veces el presidente, llevándose la mano a la cara para apoyar en ella su barbilla (cosa rara en él), pareció... sí, *distraído*.

Al salir del salón de juntas empezaron a bajar la escalera.

Rotherstein dijo:

—¿Puedo llevarle a su casa?

Alistair Blunt sonrió meneando la cabeza.

—Mi coche está esperándome —miró su reloj—. No vuelvo a la ciudad. A decir verdad tengo hora dada en casa del dentista.

El misterio estaba aclarado.

Hércules Poirot, después de apearse del taxi y pagar al conductor, pulsó el timbre del número 58 de la calle de la Reina Carlota.

Tras un corto intervalo abrió la puerta un muchacho pelirrojo, de cara pecosa, vestido con el uniforme de botones.

Hércules Poirot habló:

—¿Míster Morley?

En su interior albergaba la ridícula esperanza de que míster Morley hubiera tenido que salir, estuviese indispuerto y no visitase aquel día... Todo en vano. El botones, se hizo a un lado y Hércules Poirot tuvo que entrar en la sala. La puerta cerróse tras él como una sentencia inapelable.

El botones preguntó:

—¿Su nombre, por favor?

Poirot se lo dijo, y el muchacho, luego de abrir una puerta a la derecha del vestíbulo, le hizo pasar a la sala de espera.

Era una habitación amueblada con buen gusto y según opinión de Hércules Poirot muy lúgubre. Sobre la bruñida mesa, imitación Sheraton, veíanse revistas y periódicos cuidadosamente colocados. En un mueble dos candelabros plateados. Sobre la chimenea un reloj y dos jarrones de bronce. Las ventanas estaban ocultas por cortinajes de terciopelo azul, y las butacas tapizadas de un tejido de dibujo jacobino con pájaros y flores.

En una de ellas hallábase sentado un caballero de aspecto marcial con un fiero mostacho y rostro amarillento. Miró a Poirot como quien contempla un insecto dañino y quisiera tener a su alcance un pulverizador con insecticida. Poirot, observándole con disgusto, se dijo: «En verdad que algunos ingleses son tan desagradables y ridículos que debieran librarlos de su miseria en el momento de nacer».

El militar, concluida su larga contemplación, volvió su silla para evitar mirar a Poirot y se puso a leer el *Times*.

Poirot a su vez cogió el *Punch*.

Fue leyéndolo detenidamente, pero no encontraba gracioso ninguno de los chistes.

El botones entró preguntando: «¿El coronel Arrowbumbly?».

Y el militar salió tras él.

Poirot se puso a pensar en las posibilidades de que se llama-



ra así efectivamente, cuando volvióse a abrir la puerta para dar paso a un hombre de unos treinta años.

Mientras el recién llegado revolvía nervioso entre las revistas, Poirot pudo verle de perfil. Un hombre desagradable y peligroso, pensó; un posible asesino. Sea como fuere, tenía un aspecto más criminal que todos los que el detective arrestara durante el curso de su carrera.

El botones abrió la puerta y dijo:

—¿El señor «Piriot»?

Considerando que habría querido pronunciar su nombre, Poirot se levantó. El muchacho le condujo otra vez al vestíbulo y de allí a un reducido ascensor, en el que llegaron al segundo piso. Siguieron un pasillo hasta la puerta de una pequeña antesala. El botones golpeó con los nudillos una segunda puerta y sin aguardar respuesta la abrió para que entrase Poirot.

Al entrar oyó el rumor de un grifo abierto, y dando vuelta a la puerta, encontró a míster Morley lavándose las manos con placer profesional en un lavabo adosado a la pared.

## 6

En las vidas de los grandes hombres hay ciertos momentos humillantes. Ningún hombre es un héroe para su criado, se dice, y a esto hay que añadir que muy pocos se consideran héroes en el momento de visitar a un dentista.

A Hércules Poirot le constaba este hecho.

Era un hombre acostumbrado a tener buena opinión de sí mismo. Él era Hércules Poirot, superior en muchos aspectos a los demás mortales; pero, sin embargo, en aquel momento era incapaz de sentirse superior a ninguno. Su moral estaba bajo cero. Constituía tan sólo la imagen vulgar, cobarde, del hombre asustado ante el sillón del odontólogo.

Míster Morley había concluido sus abluciones y le hablaba con su amabilidad profesional.

Le llevó hasta el punto temido... ¡El sillón!

Hércules Poirot aspiró profundamente antes de sentarse y apoyar la cabeza para que míster Morley la acomodara a la altura conveniente.

—Bueno —dijo míster Morley con vivacidad—; ¿está usted cómodo? ¿De verdad?

Con voz sepulcral Poirot dijo que estaba perfectamente.

Míster Morley aproximó una mesilla auxiliar, cogió su espejo y una herramienta preparándose para su trabajo.

Hércules Poirot, asido con fuerza a los brazos del sillón, cerró los ojos y abrió la boca.

—¿Le duele algo? —preguntó míster Morley.

Bastante confusamente, debido a la dificultad de pronunciar las consonantes teniendo la boca abierta, Hércules Poirot dijo que no le dolía nada en especial. Ésta era la segunda visita anual que su orden y meticulosidad le exigían dedicar al cuidado de su dentadura. Era muy probable, claro está, que no tuviese nada. Pudiera ser que míster Morley no viese la segunda muela del maxilar inferior que le diera aquellos pinchazos... *Pudiera ser*, pero no era probable, pues míster Morley era un buen dentista.

Míster Morley iba examinando lentamente su dentadura, golpeando y tanteando, comentando al mismo tiempo:

—Este empaste está algo gastado: no es nada importante. Las encías las tiene muy bien...

Una pausa. ¿Algo sospechoso? No; falso motivo de alarma. Uno, dos... ¿No pasa al tercero? No. «El perro ha olfateado al conejo», pensó, haciendo uso de un conocido modismo.

—Aquí hay algo. ¿No le ha dolido? ¡Hum, me extraña!

La prueba continuó.

Al fin míster Morley apartóse, satisfecho.

—Nada de particular. Sólo un par de empastes y un principio de caries en esta muela. Podré arreglárselo todo ahora.

Hizo girar un conmutador y se oyó un zumbido. Míster Morley descolgó el torno para colocarle una fresa con gran cuidado.

—Guíeme —dijo sencillamente, y se dispuso a trabajar.

A Poirot no le fue necesario hacer uso de su advertencia, ni levantar la mano, ni siquiera gritar, pues en el momento preciso míster Morley detenía el torno, le daba la breve orden: «Enjuáguese», aplicaba una hila y escogía otra fresa para continuar. El torno produce más miedo que dolor.

Mientras míster Morley preparaba el empaste, reanudaron la conversación.

—Esta mañana tengo que hacerlo yo mismo —explicó—. Miss Nevill ha tenido que ausentarse. ¿Recuerda a miss Nevill?

Poirot asintió sin acordarse.

—Ha tenido que marcharse al campo a causa de un pariente enfermo. Estas cosas *siempre* ocurren en días de mucho trabajo, y hoy voy algo retrasado. El paciente que le ha precedido ha lle-

gado tarde. Es de lamentar. Me estropea toda la mañana. Y además, tengo que admitir a una cliente más porque tiene mucho dolor. Siempre reservo un cuarto de hora para estos casos. A pesar de eso, tendré que apresurarme.

Míster Morley revolvía en el pequeño mortero. Luego prosiguió su discurso:

—Voy a decirle algo que he observado, señor Poirot. Las personas importantes siempre llegan a tiempo, nunca hacen esperar. Los reyes, por ejemplo, siempre son puntuales y esos grandes hombres de la ciudad, lo mismo. Esta mañana espero a un señor rico, y de los más importantes... ¡Alistair Blunt!

Míster Morley pronunció el nombre con voz triunfal.

Poirot, a quien varios trozos de algodón y un tubo de cristal colocado bajo su lengua impedían hablar, exhaló un sonido indefinible.

¡Alistair Blunt! Hombres como aquél eran los que hacían vibrar en la actualidad. Ni duques, ni condes, ni primeros ministros. No. Sencilla y llanamente míster Alistair Blunt. Un hombre de rostro desconocido para el público en general, cuyo nombre sólo aparecía en sencillos párrafos. Ningún ser excepcional. Sencillamente, un inglés desconocido, que era la cabeza de la mayor firma bancaria de Inglaterra. Un hombre inmensamente rico, que decía «sí» o «no» a los gobiernos y llevaba una vida sosegada y discreta, sin aparecer jamás en ninguna tribuna pública ni pronunciar discursos. Sin embargo, en sus manos tenía el poder supremo.

Míster Morley continuaba empleando un tono reverente mientras rellenaba su muela.

—Siempre acude a sus citas con puntualidad. A menudo despidе su coche y regresa a pie a su despacho. Es un sujeto afable, sosegado y modesto; aficionado al golf y a su jardín. Al verle nunca creería que puede comprar media Europa. Es como usted o como yo.

Momentáneamente Poirot sintióse ofendido. Míster Morley era un buen odontólogo, eso sí; pero existían otros buenos dentistas en Londres. En cambio, Hércules Poirot sólo había uno.

—Enjuáguese, por favor —dijo míster Morley—. Ésta es la réplica a sus Hitler, Mussolini, y todos los demás —continuó el señor Morley emprendiéndola con otra muela—. Aquí no armamos tanto alboroto. Fíjese en nuestro rey y nuestra reina qué democráticos son. Claro que un francés como usted, acostumbrado a la idea republicana...

—Ya na say francés. Ya..., say... say... elga —pronunciaba Poirot con la boca dilatada, inmóvil.

—¡Cállese! —le ordenó míster Morley—. La cavidad debe estar seca —y siguió inyectando aire caliente.

Luego prosiguió:

—No creía que fuese usted belga. ¡Qué interesante! Siempre he oído decir que el rey Leopoldo es un hombre extraordinario. Soy partidario de la tradición de la realeza. Ya sabe usted la educación que reciben. Fíjese con qué facilidad recuerdan nombres y rostros. Yo mismo, no puedo acordarme de los nombres, pero nunca olvido una cara. Por ejemplo, el otro día vino un paciente a quien había visto antes. El hombre no me decía nada, pero me dije en el acto: «¿Dónde le he visto antes?». Aún no lo he recordado, pero ya me acordaré. Estoy seguro. Enjuáguese otra vez, la última.

Poirot bebió un trago de agua y la retuvo buen rato en la cavidad bucal.

Una vez le hubo obedecido, míster Morley exploró la boca de su paciente.

—Bien; creo que está todo arreglado. Cierre la boca... ¿Qué tal? No nota el empaste, ¿verdad? Ahora ábrala otra vez. Gracias. Retiró la mesa e hizo girar la silla.

Hércules Poirot se levantó, sintiéndose un hombre libre.

—Bueno, adiós, monsieur Poirot. Espero que no descubra a ningún asesino en mi casa.

El detective repuso con una sonrisa:

—Cuando venía todos me parecían criminales. ¡Ahora puede que sea distinto!

—¡Oh, sí! Hay una gran diferencia entre antes y después. De todos modos los dentistas ya no somos tan diabólicos como tiempos atrás. ¿Quiere que le pida el ascensor?

—No, no; bajaré andando.

—Como guste. El ascensor está junto a la escalera.

Al cerrarse la puerta oyóse correr el agua del grifo.

Bajó los dos tramos de escalones. Al llegar al último peldaño vio salir al coronel angloindio. No era mal parecido. Seguramente sería un buen tirador y habría matado más de un tigre. Un hombre útil, una avanzada del Imperio.

Se fue a la sala de espera para recoger el sombrero y su bastón que allí dejara. El inquieto muchacho todavía estaba allí, cosa que le extrañó. Un nuevo paciente, otro caballero, leía el *Field*.

Poirot observó al primero con el espíritu mejor dispuesto que

antes. Aún conservaba su aspecto fiero (como si quisiera matar a alguien), pero no como un criminal, pensó Poirot. Sin duda, aquel joven bajaría luego la escalera feliz y sonriente sin desear mal a nadie.

El botones entraba para anunciar muy decidido:

—Míster Alistair Blunt.

El hombre próximo a la mesa dejó sobre ella el *Field* al levantarse. Era un hombre bien vestido, ni gordo ni delgado, de edad y estatura medianas.

Salió tras el botones.

Uno de los hombres más ricos y poderosos de Inglaterra, que, sin embargo, tenía que visitar al dentista como cualquier otro, y que sin duda sentía lo mismo que los demás.

Estas reflexiones pasaron por la mente de Hércules Poirot mientras, luego de coger su sombrero y bastón, se dirigía a la puerta.

En el vestíbulo se detuvo ante el espejo para atusarse el bigote, ligeramente despeinado a causa de las manipulaciones de míster Morley.

Acababa su arreglo cuando el ascensor descendió de nuevo y el botones salió del fondo del recibidor silbando algo incongruente. Se cortó en seco al ver a Poirot y fue a abrirle la puerta.

Ante la casa acababa de detenerse un taxi del que sobresalía el pie de quien iba a apearse. Poirot la contempló con galante interés.

Un tobillo bonito, enfundado en una media de buena calidad, no es despreciable. El zapato no le gustaba. Modelo nuevo de charol con una hebilla reluciente. Meneó la cabeza. No era elegante, sino provinciano.

La dama apeóse del coche, y al hacerlo enganchó el otro pie en la puerta y la hebilla saltó tintineando sobre la acera. Poirot se adelantó a recogerla, devolviéndosela con una inclinación.

¡Cielos! La mujer que le dio las gracias estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta años. Anteojos sujetos sobre la nariz. Cabellos descoloridos, poco cuidados... Ropas holgadas. Dejó caer sus lentes y luego su bolso.

Poirot, por amabilidad, ya que no por galantería, se los recogió.

Ella subió los escalones del número 58 de la calle de la Reina Carlota, y Poirot interrumpió al taxista en la contemplación de la exigua propina recibida.

—¿Está libre, *hein*?

El conductor repuso de mala gana:

—¡Oh, sí, estoy *libre*!

—Yo también —dijo Hércules Poirot—. ¡Libre de cuidados!

Observó el aspecto asombrado del taxista.

—No, amigo, no estoy borracho. Es que acabo de ver al dentista y no necesito volver en seis meses. Es una sensación muy agradable.